

CRISTINA CASSAR SCALIA

La lógica de la luz

Traducción de Montse Triviño



Duomo ediciones

Barcelona, 2023

A mi madre, que me enseñó a amar los libros

«Lanzarse a la caza de recuerdos nunca es buen negocio [...] No puedes recuperar los buenos recuerdos y a los malos no puedes matarlos».*

GIORGIO FALETTI, *Yo soy Dios*

* Traducción de Carlos A. Sampayo Domínguez (Ediciones B, 2011). (*N. de la T.*)

1.

El viejo candil se había decidido a funcionar y ahora colgaba de su gancho, iluminando un metro cuadrado de mar.

Sante Tammaro estaba en la popa, en una posición precaria. Con la cabeza inclinada y la nariz metida en el cubo con el fondo de cristal, girándose de vez en cuando para asegurarse de que el arpón y la red estuvieran al alcance de la mano.

Manfredi Monterreale observaba con aire socarrón los artilugios de pesca, aún sin utilizar en la toldilla de la barca. Con las manos en los remos, canturreaba una canción de Di André que hablaba de un pescador.

–¿Quieres dejar ya la cantinela esa de que los peces se asustan y se escapan? –le gritó Sante, incorporándose de golpe.

La barca osciló peligrosamente.

Manfredi soltó los remos.

–Ah, ¡entonces por eso no hemos pescado ni una triste sardina en las últimas dos horas! –ironizó, mientras colocaba bien el termo que había dejado debajo del asiento de la barca y que, con el movimiento, se había caído.

Sante hizo un gesto con la mano, como si quisiera decir que el comentario no merecía ni una respuesta.

–Toma, hombre –le dijo Manfredi, al tiempo que le acercaba un vaso que acababa de llenar–, bebe un poco de café y al menos entras en calor. Hay tanta humedad que casi se puede cortar con un cuchillo. ¿A ti te parece justo que en lugar de estar en mi casa metido en la cama, que sería lo normal a estas horas, tenga que estar aquí sentado durante

horas, viéndola desde cien metros de distancia y pasando mucho frío? Todo para que estés contento. Y encima no me dejas ni cantar a Di André.

Después de haber desmontado y vuelto a montar el candil –una reliquia original que Sante había encontrado después de mucho buscar y que funcionaba cuando quería– habían navegado cerca de la costa durante un rato. Tras un último tramo usando los remos, porque «sino los pececillos se escapan», se habían apostado justo delante de las rocas a las cuales daba el piso de Manfredi.

–No entiendes nada, amigo –replicó Tammaro–. La pesca al candil es una cosa lenta, sin tiempos. Una filosofía, podríamos decir.

El médico lo miró no muy convencido. Bebió un sorbo de café él también.

–Claro, claro, una «filosofía» de pesca –se burló, meneando la cabeza.

Cómo habían llegado a ser amigos seguía siendo un misterio para ambos. Manfredi Monterreale, de profesión pediatra, era palermitano pero llevaba siete años viviendo en Catania. Para ser más exactos, en Aci Castello, en el segundo piso de un pequeño edificio con vistas a aquellos peñascos negros, entre el castillo normando y Aci Trezza, ante los cuales se mecía en ese momento la embarcación de su amigo. Sante Tammaro, en cambio, era periodista, catanés hasta la médula y con una marcada tendencia a la investigación. Pero la investigación pura y dura, esa en que el blanco era blanco y el negro era negro.

Manfredi se fijó en su terraza. Vista desde allí, parecía más pequeña. Había un par de plantas que tenía que cambiar, además de pintar la persiana del ventanal. Si tuviera tiempo... Pero la casa era bonita. Su hábitat perfecto.

Se inclinó bajo el banco en el que estaba sentado y trasteó con la mochila para guardar el termo.

–Se acaba de parar un coche delante de tu casa –dijo Sante.

Manfredi levantó la cabeza. La verja de su casa era la última de la calle, luego empezaban las rocas, que en esa época del año estaban libres de las terrazas que montaban los diversos establecimientos de baños.

–Ah, sí. Será alguna parejita en busca de intimidad. En las noches de invierno, hay mucho movimiento por allí...

–Y en las de verano también –respondió el periodista–. Pero... –prosiguió, al tiempo que entornaba los ojos–. A mí me da que no es ninguna parejita.

–Pues entonces será algún pensador nocturno solitario. No empieces a montarte películas, que te aseguro que no es el caso.

Pero Sante ya estaba a mitad de su película y rebuscaba los prismáticos en su bolsa de tela. Se los acercó a los ojos.

–Son dos, eso sí, y los dos hombres.

–Eso no significa nada –respondió el médico.

–A ver si van a ser ladrones que están vigilando precisamente tu casa mientras tú estás aquí, la mar de tranquilo, quitándole importancia al asunto.

Manfredi se limitó a responder con un suspiro resignado, le quitó los prismáticos a Sante y enfocó el coche.

Un hombre bajó del asiento del pasajero y abrió el maletero. Sacó una maleta grande y empezó a arrastrarla hacia las rocas. El conductor se asomó un momento por la ventanilla y enseguida desapareció.

–Sante, a mí no me parece que les interese mi casa, pero está claro que no traman nada bueno.

El periodista recuperó los prismáticos y se concentró en el hombre que se movía. Lo vio avanzar por las rocas hasta desaparecer tras el muro que cerraba la calle. Volvió rápidamente, pero esta vez con las manos vacías, y subió al coche, que salió disparado de allí.

–Me juego el huevo derecho a que en esa maleta enorme llevaban algo peligroso. O, por lo menos, ilegal –dijo Sante, entusiasmado.

Se dirigió a popa y empezó a guardar redes y arpones en un compartimento. Recogió el cubo y apagó el candil. Sacó los remos del agua y los dejó en su sitio.

–Andando –dijo, mientras bajaba el motor y lo arrancaba.

–¿Andando adónde? –preguntó Manfredi, perplejo por la rapidez con la que Sante había abandonado a los pececillos a su destino.

Tres minutos escasos para desmontar aquel caos que había costado horas de trabajo y de santa paciencia.

–A tu casa –respondió el periodista. Guardó silencio un momento, concentrado–. Quiero ver dónde han tirado la maleta.

2.

La subcomisaria adjunta Vanina Garrasi hizo una bola con la bolsa de papel, sucia de crema de chocolate, cuyo contenido acababa de reconciliarla con el mundo. Se meció en su sillón mientras daba vueltas al envoltorio entre las manos y contemplaba fijamente el reloj que colgaba de la pared de su despacho: las ocho y treinta. Cinco minutos más respecto a la última vez que lo había consultado. Bebió el último sorbo de capuchino del vaso de poliestireno, metió dentro el sobrecito vacío de azúcar y le puso la tapa.

Se había despertado mal. Temprano y mal. Teniendo en cuenta el horario –como de costumbre intempestivo– en que había conseguido conciliar el sueño la noche anterior, debía de haber dormido como mucho tres horas. Precisamente aquella mañana, la primera –y puede que también la última– de uno de aquellos desacostumbrados interregnos entre la archivación de un caso de asesinato y la manifestación del siguiente. Una ocasión de permitirse los lujos a los que se veía obligada a renunciar en los días de plena actividad. Una oportunidad espléndida, de no ser porque le había producido el efecto contrario al deseado.

Vanina lo sabía: no tener trabajo significaba no tener en qué pensar, y no tener en qué pensar significaba que otras cosas en las que pensar –más dolorosas– tomaban la delantera. Tan dolorosas que la hacían echar de menos las pistas más difíciles de seguir.

Arrojó el envoltorio a la papelera, tratando de encestar, pero apuntó demasiado alto y salió por la ventana abierta.

–Ay –se lamentó, mientras se levantaba de golpe y se dirigía al balcón.

Se asomó con cautela, sacó un Gauloises y lo encendió con indiferencia mientras echaba un vistazo a la calle.

La avenida Ventimiglia, como todas las que cruzaban Catania desde el centro hasta los arcos de la Marina, estaba sumida en pleno caos a aquella hora. Una ruidosa y aguerrida hilera de vehículos asaltaba el cruce con la calle Vittorio Emanuele, en aquel momento colapsado por tres coches que lo ocupaban sin miramientos y dos autobuses urbanos.

El inspector jefe Carmelo Spanò acababa de ponerse en pie después de estar agachado en la acera. Levantó la cabeza hacia las ventanas de enfrente y las examinó con la mirada. Luego se giró a derecha e izquierda, e inspeccionó el edificio hasta llegar al balcón de la subcomisaria Garrasi. Le sonrió y la saludó con la mano; en la otra llevaba una bola de papel de aspecto inconfundible.

—¡Buenos días, jefa! —le gritó, antes de cruzar el portón de la Policía Judicial y cerrarlo a su espalda.

Cinco minutos más tarde, Vanina lo oyó llamar a su puerta.

—¡Estos críos! ¿Será posible? Está uno tan tranquilo en la acera, pensando en sus cosas, y le tiran una bola de papel a la cabeza. No me ha dado ni tiempo a ver desde dónde la han tirado —farfulló el inspector mientras se asomaba al balcón, junto a Vanina.

La subcomisaria sonrió para sus adentros, sin hacer ningún comentario. Le ofreció un cigarrillo. Menos mal que en el bar que estaba debajo de su casa, en Santo Stefano, no usaban papel con el nombre del establecimiento, sino anónimas bolsas blancas. Spanò no se habría creído que un «crío» del barrio hubiera recorrido trece kilómetros —y medio— para ir a comprar el desayuno en un pueblecito situado en las laderas del Etna.

—Hoy está todo insólitamente tranquilo —constató el inspector.

Hasta el pasillo estaba silencioso. Aquella mañana, dos terceras partes de la Policía Judicial estaban fuera, en la conferencia de prensa del comisario principal, Tito Macchia, sobre la operación antidelinuencia de la noche anterior. En total se habían practicado treinta detenciones, cuatro de ellas clave.

La sección de Delitos Contra las Personas, en cambio, estaba reunida en el despacho de al lado, como todas las mañanas. Sus integrantes socializaban e intercambiaban opiniones a la espera de que la

subcomisaria Garrasi hiciera acto de presencia con su habitual retraso crónico de al menos media hora. Aquella mañana los había desorientado un poco encontrarla ya instalada en su despacho cuando habían llegado.

Vanina estaba cerrando el ventanal, dispuesta a salir del despacho con Spanò para reunirse con los demás, cuando la inspectora Marta Bonazzoli se materializó en mitad de la estancia.

–Jefa, ya sé que no te gusta, pero creo que será mejor que vengas a ponerte al teléfono. Tenemos a una tía un poco exaltada que dice que tiene algo importante que comunicarnos. Y solo quiere hablar contigo. Dice que si no, cuelga –la informó.

Vanina resopló. Cada vez era más habitual que la gente quisiera hablar solo con ella. La culpa, no hacía falta decirlo, la tenían los medios de comunicación, que en los últimos tiempos habían usado libremente su cara y su nombre. Y en un par de ocasiones, recordó con pesar, también su pasado. Palermo. Su padre, el inspector Giovanni Garrasi, asesinado veinticinco años atrás por un comando de la Cosa Nostra delante de sus propios ojos. Los años que había trabajado en antimafia. Paolo Malfitano, el juez de la Dirección de Investigación Antimafia y por entonces también su compañero sentimental, a quien ella había salvado a tiros de un atentado, también perpetrado por la mafia. Un discurso redundante, en el cual vislumbraba sin poder evitarlo la pátina de lo que llamaba «retórica de la legalidad» y en el cual ella, la subcomisaria adjunta Giovanna Garrasi, aparecía representada incondicionalmente como el paladín de la justicia. Una especie de *sheriff* en salsa sícula.

–Qué coñazo –farfulló, dirigiéndose a la puerta.

En el despacho de al lado, el suboficial Fracapane y el oficial Nunnari estaban inclinados sobre el escritorio de Bonazzoli y observaban el teléfono abierto.

Vanina hizo un gesto con la mano para indicarles que se alejaran y se sentó en la silla ergonómica de Marta. Apoyó las rodillas en los cojines destinados a ese uso, como le había visto hacer a ella, y la silla se inclinó de golpe hacia delante.

–Garrasi –se presentó al tiempo que pulsaba la tecla del altavoz.

–Buenos días, subcomisaria. –Una pausa–. Discúlpeme, pero se trata de un asunto muy grave y quería que lo escuchase personalmente.

Era una voz sutil y femenina, pero claramente distorsionada.

–¿Con quién hablo?

–No puedo decírselo. –Otra pausa–. Subcomisaria Garrasi, tiene que escucharme: estoy segura de que esta noche han asesinado a una chica.

Los demás se congregaron en torno al escritorio. La subcomisaria buscó la mirada de Spanò, que había arrugado la frente.

–¿Y dónde se ha producido ese asesinato?

–En una casa de la calle Villini a Mare.

–Cuando dice que está segura, ¿a qué se refiere? ¿Presenció los hechos?

–No –respondió la mujer, con voz acalorada pero cada vez más amortiguada–. ¡No presencié nada! Me dijeron que me marchara antes de... No puedo explicárselo. Le suplico que vaya a ver qué ha ocurrido. Estoy segura de que no me equivoco. Es en el número 158.

Vanina abrió la boca para responder, pero se le adelantó un clic al otro lado de la línea.

Permanecieron todos en silencio durante varios segundos, observándose.

–A mí me parece una tomadura de pelo –dijo Fragapane.

–¿La llamada ha pasado por centralita, por casualidad? –quiso saber la subcomisaria, que se había vuelto hacia el oficial Nunnari.

Spanò anticipó la respuesta con una mueca, como si quisiera decir que no le parecía una hipótesis verosímil:

–No, jefa, es lo primero que he comprobado. Era una llamada directa –respondió Nunnari.

–Por tanto, si queremos saber algo más, nos tocará hacer una solicitud a la compañía telefónica. Solo por quedarnos tranquilos, comprobemos si esta noche se ha efectuado alguna llamada al 113 desde esa zona. Peleas, movimientos extraños, rumores atribuibles a posibles disparos...Vamos, lo de siempre –concluyó Vanina.

Se giró hacia el oficial, que asintió y enseguida se dirigió a la puerta.

Vanina movió las rodillas, que ya le empezaban a doler, y la silla ergonómica se inclinó aún más. Apoyó los codos en el escritorio de Marta para no acabar con la nariz dentro del vaso de papel que la inspectora le había dejado delante. Una especie de brebaje de color

marronáceo que desprendía un aroma mezcla de heno y manzanilla con un toque de eucalipto. Digno de un balneario del Alto Adigio.

–Nada de saludable café, ¿eh, Marta? –se le escapó, al tiempo que se ponía en pie.

La chica dejó caer los hombros, pero no dijo nada. Total, era un hecho consolidado que a Marta y a Garrasi las separaba un abismo insalvable en lo tocante al tema de alimentos y bebidas.

–Disculpe, jefa –intervino Fragapane–, con todo el respeto, a mí esa llamada me ha parecido una verdadera...

–Sí, Fragapane, ya sé lo que le ha parecido –lo interrumpió Vanina–, pero aunque sea así... estamos obligados como mínimo a verificarlo.

El suboficial asintió. Buscó con la mirada a Spanò, con quien compartía despacho y veteranía en el cuerpo, y que claramente disfrutaba de la confianza absoluta de la jefa.

El inspector estaba absorto. Era obvio que la llamada no lo había convencido ni siquiera a él, pero había algo en la voz de aquella mujer que le resultaba inquietante. Tal vez fuera el tono de alarma que había adoptado cuando Garrasi la había presionado, o tal vez lo segura que se había mostrado al proporcionar la dirección. En cualquier caso, no era posible ignorarla.

–Ya voy yo a echar un vistazo, jefa –propuso.

Vanina respondió con una sonrisa burlona:

–Sí, claro, ¡y yo me quedo aquí en la oficina pudriéndome! Iremos juntos, usted y yo. Esta historia me produce curiosidad. –Se volvió hacia Bonazzoli: la inspectora estaba intentando beberse el último sorbo de aquella infusión, que sin duda ya debía de estar fría y resultaba todavía más imbebible–. Marta viene con nosotros y así se distrae, que esta mañana parece un poco triste.

–¿Triste yo? –respondió Bonazzoli.

La mirada de la subcomisaria, a medio camino entre la benevolencia y la ironía, frenó a Bonazzoli a la hora de exigir más explicaciones.

En el paseo marítimo, el tráfico era fluido como solo sucede en días laborables a las nueve y media de la mañana y con el otoño ya avanzado, cuando las ganas de ir a las rocas brillan por su ausencia en los planes

de los cataneses. Los establecimientos de baños, salvo alguna excepción, estaban cerrados. Los motoristas listillos invadían el carril bici, vacío casi por completo, cada vez que el tráfico se volvía más lento. En el lado de la acera que daba al mar, algún que otro estajanovista del *running* vestido de corredor de maratones desafiaba al sol de noviembre, que aquella mañana de cielo despejado rozaba el índice UV de finales de julio. Solo los bares de la izquierda parecían no haber sufrido ninguna desaceleración, pues aún gozaban de una discreta clientela.

El coche de servicio avanzaba veloz con Marta al volante. En el asiento del pasajero, con el codo apoyado en la ventanilla, un cigarrillo apagado en los labios y el mechero ya preparado en la mano, Vanina contemplaba el despliegue de mansiones y casas construidas sobre las rocas, al norte del puerto de Ognina. La dirección correspondía a la que había indicado la mujer de la llamada.

Entraron en la calle Villini a Mare y avanzaron despacio hasta llegar al número 158: una casa normal y corriente, bastante retirada y sin vistas a las rocas.

Vanina y Spanò bajaron enseguida, mientras Marta aparcaba el coche junto al muro de la casa, bajo y coronado por una valla cubierta de enredaderas cuyas hojas ya habían adoptado un tono rojizo. Al otro lado de una verja blanca se iniciaba un caminito de tierra que partía en dos un pequeño jardín, no especialmente cuidado, que se extendía hasta una casa de dos plantas en bastante buen estado.

Spanò se acercó al interfono que estaba junto a la verja y llamó.

–No creo que conteste nadie, inspector –intuyó Vanina mientras se asomaba por un punto en que el muro no tenía valla.

Parecía una residencia de verano ya cerrada. El estado del jardín, poco cuidado pero no abandonado; las persianas bajadas, pero en buen estado; la verja, que necesitaba una mano de pintura, pero no estaba demasiado descascarillada... Todo apuntaba a una casa que llevaba pocos meses deshabitada.

Spanò se acercó con el teléfono pegado a la oreja.

–En el 113 no recibieron ningún aviso –comunicó, al tiempo que colgaba.

Vanina asintió, sin dejar de mirar el caminito.

–Jefa, yo empiezo a pensar que Fragapane tiene razón. Vale que la casa está cerrada y que dentro podría haber cualquier cosa, hasta una cría muerta, pero...

–¿Anoche llovió en Catania? –lo interrumpió la subcomisaria, sin apartar la mirada del camino mientras fumaba el cigarrillo que había encendido nada más poner los pies en el suelo.

En Santo Stefano, el pueblo en la ladera del Etna donde vivía, la noche anterior había caído el diluvio universal. No estaba lejos, pero las condiciones climáticas no solían coincidir con las de la ciudad. La culpa –o el mérito, según el punto de vista– era de la *montagna*.

–Sí, aquí en la costa también llovió –respondió Bonazzoli, que mientras tanto se había apoyado en el muro y estaba mirando en la misma dirección que la subcomisaria.

–Por tanto, si hacemos caso a la lógica, esas huellas de neumáticos en el camino de tierra solo pueden ser frescas del día –dijo la subcomisaria, señalando una zona del caminito en la que se apreciaban claras marcas.

–O de la noche –añadió Marta.

Spanò se asomó lo suficiente para echar un vistazo a la zona que estaba señalando la jefa. Las huellas estaban bastante definidas, lo cual indicaba que se habían dejado sobre un terreno húmedo. Y que no eran anteriores a la lluvia caída durante la noche, porque en ese caso se habrían borrado.

–Bueno, niños, será mejor que investiguemos un poco. En primer lugar, a ver si averiguamos a quién pertenece esta casa –anunció Vanina, mientras bajaba del ladrillo suelto en el que se había subido.

Era una sensación, solo una sensación. Una sutil forma de inquietud que la asaltaba cada vez que un detalle no la convencía o que, como decía Spanò, «el muerto andaba cerca». Tal vez solo se tratara de una impresión, claro, o de un exceso de celo. O, peor aún, de un ataque de desgana de una poli empedernida que ansiaba tener un caso nuevo entre manos, pero en realidad a Vanina le daba igual. Algo le decía que la llamada de aquella mañana era cualquier cosa menos una tomadura de pelo. Y ella quería estar segura.

El día empezaba a ponerse interesante.